



**J U G A N D O**  
**A L**  
**P Ó K E R**  
**EN EL *PUERTA DEL SOL***

Autor: Juan José Fernández Delgado

## I

Carlos, *Carlitos* Ramírez, ya conocía a los dos inspectores –D. Florencio Ontalba Castrejón y D. Hilario Hontanilla Aragonés-Arteaga- y a los seis policías que hacían en riguroso orden alternativo la ruta del *Estrella Puerta del Sol*, desde tres meses y pico antes de que sufriera este convoy el trágico accidente ocurrido en Bustarviejo, el 3 de julio de 1982.

-Sí, ya los conocía desde tres meses y medio antes del accidente en que murió el conductor del TER Burgos-Madrid, que alcanzó por detrás al *Puerta del Sol* cuando aún era *Expreso*. Al inspector Hontanilla y a dos de los policías los conocí sólo unos días antes del accidente, también de regreso a París.

-En efecto, hacía tres meses y 26 días que conocíamos a Carlos Ramírez cuando ocurrió el fatal accidente. Estábamos parados a la entrada de Bustarviejo, 70 kilómetros de Madrid norte –recordaba el inspector Ontalba-, cuando el TER Burgos-Madrid embistió fuertemente por detrás al *Puerta del Sol*, justo a la entrada de la estación. Falleció el conductor del TER, Edelmiro Santolinos Bustamante, padre de dos criaturas y natural de Huerta de Valdecarábanos, y hubo 24 heridos; de ellos, ocho de consideración y dos de pronóstico reservado. Me tocó cubrir el expediente, y me acuerdo de todo el papeleo como si fuera ahora mismo. Vamos, que lo estoy viendo y viviendo con todo lujo de detalles.

Se habían conocido en el vagón-restaurante del *Expreso* un día de marzo, cuando la primavera aún no estaba hecha y la nieve y la ventisca se hacían presentes con ahínco nada más tocar el *Puerta del Sol* la sierra madrileña, por los alrededores de Buitrago. Entonces, Carlos, *Carlitos* Ramírez, que hacía semanalmente el trayecto París-Madrid y viceversa desde los inicios del segundo trimestre del curso académico, desde enero, vaya, y ese día regresaba a París, acudió al vagón-restaurante a fumarse un puro acompañado de una copa de coñac. Y allí, en una esquina de la barra, había un grupo de cinco hombres, animados y vocingleros, jugándose el café y la copa a los chinos, que a la postre resultaron ser el inspector Ontalba y los tres policías de turno en aquella ocasión. Estaba también Senillosa, el revisor, que también jugaba con la esperanza de librarse de pagar la mitad de la consumición, porque serían dos los paganos del importe

total.

Carlos, después de haber encendido un puro, había dejado el paquete encima de la barra y observaba a los jugadores detrás de sus quevedescas gafas con la copa en la mano. De vez en cuando, se atusaba el bigote para esconder una irónica sonrisa o para evitar hacer algún comentario ante las jugadas y ocurrencias de los contertulios, sin que nadie le hubiera invitado a ello. Los jugadores, en efecto, hacían comentarios festivos y ocurrentes, y mucho más los que iban acertando el número exacto del total de monedas sacadas, lo que les eximía de seguir jugando y de la posibilidad de perder, de perder y de pagar la parte correspondiente de la consumición, y miraban, ya a Carlos, ya al codicioso paquete de puros, que se brindaban apetecibles y exóticos.

-Pueden ustedes coger del paquete, si lo desean –invitó Carlos a los jugadores.

-Y usted, que de tanto mirarnos algo habrá aprendido, también puede jugar con nosotros, que hay partida para rato –invitó el inspector Ontalba.

-Pues dicho y hecho –aceptó Carlos llevándose la mano al bolsillo en busca de tres monedas para empezar a jugar.

-Pues usted no ha invitado a sordos a fumar un purito. Vamos, Senillosa, coge tú también un purito, que invita aquí –dijo un policía señalando a Carlos-. Ahora, si luego le toca pagar, que no venga llorando –terminó entre risas correspondidas por los demás.

-Como ya somos seis, tres pierden y tres ganamos –puntualizó el inspector Ontalba.

-Exacto, tres perdéis y tres ganamos –corroboró Senillosa, dando sus primeras chupadas al puro y chasqueando la lengua.

-Está bien, pero luego no lloréis cuando os toque perder, perder y pagar, como ya le he dicho a aquí –puntualizó el policía de antes y señalaba otra vez a Carlos.

-Ha de saber usted que al llegar a Burgos se detiene la partida, se pagan las consumiciones, si ya hay paganos, y regresamos al juego con el inicio de la marcha –informó el inspector-. Por cierto, cómo se llama, vamos, ya que vamos a compartir..., ya que somos compañeros...

-Carlos, Carlos me llamo, y doy clases de español en París y de francés en Ciudad Real, por lo que todas las semanas...

-¿Que no había dos lugares más...? -dejó sin terminar Senillosa.

-Así que usted todas las semanas va y viene de... y viene y va a...

-Pues nada, ya tenemos un paganini seguro –dedujo Senillosa echando una bocanada de humo entre risas, que los demás festejaron.

-Pues, Carlos..., nos tuteamos, ¿verdad?, estás hablando con la autoridad del tren: tres policías, Senillosa, el revisor, y un servidor: inspector Ontalba Castrejón. Bueno, Florencio, Florencio a secas. Te decía antes que al llegar a Burgos...

-A ver, el trabajo es el trabajo –cortó el revisor mirando a Carlos-, no como otros, que sólo de vez en cuando...

-Correcto, muy bien –contestó Carlos.

-Y lo mismo ocurrirá cuando lleguemos a Miranda de Ebro. Allí la parada es más larga porque cambiamos de locomotora y porque, al ser nudo ferroviario de primer orden, hay que dar tiempo a las combinaciones horarias de otros trenes. Pero ya en marcha, aquí otra vez. A perder, ¿entendido?

-Venga, sacar de una vez –ordenó el inspector Ontalba sin prestar atención al comentario de Senillosa.

Y cuando llegaron a Burgos se detuvo la partida y pagaron dos policías y el inspector; y al poco de reanudada la marcha, ya estaba el grupo jugando a los chinos. El camarero servía las copas y todos daban cuenta del paquete de puros de Carlos.

-Le vamos a dejar sin puritos, profesor –advirtió uno de los policías.

-Fumen, fumen lo que quieran, que tengo dos paquetes más en el equipaje. No os preocupéis.

-Fumemos –invitó Senillosa cogiendo el paquete-, que ya tenemos hecha la mitad del recorrido.

Tenían que perder tres jugadores tres veces, de modo que con dos partidas más, cuyas consumiciones pagaron equitativamente dos de los tres policías las dos veces, acompañados, respectivamente, por el inspector Ontalba y por el revisor, se llegaba a la estación terminal, es decir, a Irún-Hendaya. Y terminada la partida y saliendo el convoy del penúltimo túnel antes de llegar a Irún, se dirigió confidencialmente Carlos al revisor:

-Has tenido suerte, granuja, que los compañeros han perdido dos veces cada uno y tú sólo la última –le dijo en voz baja mientras le cogía por el codo.

-Más suerte tiene usted, bueno, tú, que no has perdido ninguna.

-Bueno, bueno, ya me tocará otro día, la próxima semana –respondió con regusto irónico Carlos-. ¡Oye!, vamos a ver, os propongo... ¿Sabéis jugar al póker? –preguntó Carlos antes de que se dispersara el grupo. ¡Qué tontería!, si al póker sabe jugar todo *quisque*! Da la impresión de ya sabemos jugar al póker cuando nacemos. ¿Por qué no jugamos la próxima semana al...? –acabó proponiendo.

-¡Oye, pues sí! Ocurre que ya no me acuerdo bien del ligue de la escalera de

color, ni del ful de...

-No importa, echaremos unas manos para refrescar la memoria. Traeré una chuleta para tener siempre presente el valor de cada combinación –atajó Carlos-. Así, evitaremos dudas y equivocaciones. Cada uno sabrá... No os preocupéis por las cartas, las traigo yo también.

-Pero baraja nueva, ¿eh?, y precintada, que aquí la desvirgaremos –pidió el revisor.

-¿Quién de vosotros hace el turno de regreso el martes?, porque yo...

-Yo no –afirmó el inspector-. Ya le pondré al tanto a Hontanilla de...

-¿Quién es Hontanilla? –preguntó Carlos.

-Hilario Hontanilla Aragonés-Arteaga...

-El otro inspector con el que se turna Florencio –adelantó Senillosa-. El martes, a ver, yo sí viajo el martes, y el martes siguiente también –afirmó consultando el calendario y el cuadrante de los horarios-. Suficientes. Ya pondremos al corriente a los policías de turno. ¡A cortar y a barajar!, que ya me parece que hemos empezado la partida –terminó entusiasmado el revisor.

-Lo dicho, el próximo martes empezamos –dijo Carlos.

-De acuerdo –aceptó el inspector-, aunque yo me incorpore el viernes o el martes siguiente. Ya le diré a Hontanilla que venga preparado.

En Irún se despidieron Senillosa y dos policías de Carlos, de Florencio y de otro policía, Reverte Hinojosa Farelo, que continuaban por razones de horario hasta París.

-¿Hacéis siempre el viaje completo Madrid-París?

-Sí, cuando nos toca. Ahora revisamos los pasaportes de los que continúan.

Y también en Irún el guardagujas, auxiliado por varios mozos de andén, prepara los enlaces de unas vías con otras para que una de esas máquinas-piloto, encargadas de reordenar los convoyes a través de un laberinto de raíles enredados como hilos de malla, desenganche los vagones que no han de cruzar la frontera y arrastre otros hasta dejarlos colocados en la ruta internacional, ya en la *Gare d,Hendaye*. Luego, se enganchan tres o cuatro coches más, ajustados a la anchura de las vías francesas, y no se detiene el convoy hasta Bourdeaux, en donde cambian de locomotora para que sea una Diésel-353, tipo BB, la que haga la entrada triunfal en *Paris-Austerliz Grandes Lignes*.

## II

...Y al póker se jugó ya siempre, de modo que a nadie se le ocurrió proponer regresar al juego de los chinos. Los dos inspectores se turnaban como jugadores asiduos, bien en viaje de ida, bien en el de vuelta; también los policías jugaban, pero su presencia en la mesa del compartimento del inspector, que era donde se jugaba, resultaba más circunstancial, por razones de turnos y de horarios. Senillosa alternaba también su participación con otros dos revisores. Así las cosas, el constante y perseverante era Carlos, que jugaba todos los martes del calendario académico en viaje de ida, de París a Madrid y los viernes, de Madrid a París, por lo que se puede afirmar que jugaban Carlos y los demás, alternos. Con mucha frecuencia se les unía Castillejo, Daniel Castillejo Onrubia, amigo de los inspectores, que por razones de trabajo viajaba hasta Bourdeaux y solía presentarse con dos botellas de *Rioja* para compartirlas con los jugadores; y a veces ocurría que ofrecía un vasito de vino a algún espectador, lo que se convertía, en ocasiones, en aceptación a jugar por parte del espectador-viajero. Por tanto, las partidas se celebraban entre cinco y seis jugadores, “de modo que quitamos los cuatros de la baraja”, había dicho el inspector Florencio.

-Ya lo sabéis, la carta más baja es el cinco –recordó Hontanilla uno de los primeros días de juego.

-Muy bien. De acuerdo.

-Y puritos, a discreción, que hay más en el equipaje de mano –brindaba Carlos.

-Y dos botellas de vino *Rioja* también –ofrecía Castillejo.

-Así se hace, y así da gusto viajar y jugar –había dicho el compañero de Senillosa, que dijo llamarse Gregorio Portela Cifuentes y ser natural de La Torre de Esteban Hambrán-. Sabe a gloria bendita –exclamó cuando encendía el primer purito.

Las partidas, cuando se jugaba, digamos, en familia –los inspectores, los revisores, algún policía de los de ruta y Carlos- eran flojas, pues lo sumo que podía perder cualquier policía eran unas mil pesetillas, otras tantas el revisor y unas dos mil el inspector correspondiente. De ellas, a veces, algún policía se iba ganando cincuenta duros, o Senillosa o Portela. Pero lo inexcusable era que los inspectores acabaran perdiendo y Carlos ganando entre dos mil y tres mil pesetas. Y uno de esos días dijo Carlos que con lo que había ganado en los viajes de esa semana iba a aumentar su colección de muñecas con “dos preciosidades” que había visto en el anticuario de Mardoqueo, en la calle madrileña de San Catalina; y en otra ocasión comentó que lo

ganado lo invertiría “en la colección de relojes que he empezado recientemente”.

-¡Claro, con lo que nos ganas, bien se puede! –exclamó Portela.

Y ya llevaban más de cuatro años jugando en los viajes de ida y de vuelta, cuando hube de viajar a París cinco veces seguidas en el *Puerta del Sol*, también por razones profesionales, pues Carlos me propuso impartir clases de Comentario de Textos de Español Coloquial en la Sorbona, en su universidad, así que me uní a las consabidas partidas, que, sustancialmente, transcurrían de la siguiente manera. Claro, empecé presentándome:

-Buenas, soy Juan José Fer...

-No, no siga, bueno, sigas, que ya sabemos cómo te llamas, que vas a viajar todo este mes y que también eres profesor –apuntó el inspector Hontanilla.

-Sí, así es. ¿Es suficiente para poder jugar o...?

-Suficiente, suficiente. Lo que falta ahora es que seas paganini –dijo Portela.

-Se hará lo que se pueda, y será lo más lógico, porque ustedes ya son expertos consumados en estas lides...

-Bueno, dejemos las cosas como están. Baraja, corta y reparte –ordenó Hontanilla en aquella ocasión. Ya sabéis: El que va de mano, abre –continuó el inspector-. Y el mano siempre juega, es decir, siempre abre y fija la cantidad que hay que poner para iniciar la partida, porque luego....

-Repito, la carta más baja, el cinco. No hay cuatros –dijo... ¿quién lo dijo?

-Correcto, muy bien. Pues yo que soy el mano abro con veinticinco pesetitas –apostó Senillosa sin quitarse el puro de la boca.

-Voy –añadió un policía dejando sus veinticinco pesetas en la mesa después de verse las tres primeras cartas.

-Y yo –añadió el inspector.

-Yo también voy –dijo Castillejo-. ¿Y el nuevo? ¿Va o no va? ¡Que es para hoy, hombre de Dios! –añadió invitándome a decidirme.

-Sí, sí. Ahí están mis...

-Yo voy con esas veinticinco pesetas y otras veinticinco más, sin haber visto las cartas –dijo Carlos.

-¡Pero, bueno! –exclamaron desconcertados el policía y Senillosa.

-Vale, voy –exclamamos todos excepto el policía, que tiró las cartas en la mesa maldiciendo la osadía de Carlos.

-Y ahora que las he visto, subo cincuenta más, para quien quiera seguir.

Y Senillosa tiró las cartas. Yo, que llevaba un ocho, un diez y una Q, no las solté por ser la primera vez. Sólo aceptamos el envite de Carlos el inspector, Castillejo y yo. Y después de haber recibido cada jugador dos cartas más:

-Ahora el mano soy yo –dijo Carlos-. Descarte.

-Dame tres –pidió el inspector.

-También tres –reclamó Castillejo soltando otras tantas, las que no le convenían.

Yo no podía pedir cuatro para no descubrirme, pues cada carta era dispareja de las demás, por lo que también pedí tres.

-Dos –pidió Carlos.

-¿Dos? –exclamó el inspector-. El cabrón éste lleva trío por lo que se ve.

-Cien. Ahí van cien –dijo Carlos abriendo la apuesta y sin hacer caso al comentario de Hontanilla.

-Voy –acompañó el inspector.

-Vuestras cien y otras cien más –subió Castillejo dando un trago de *Rioja*.

-Esas cien y otras cien más –apostó Carlos.

-A ver, a ver. Si yo quiero ir, cuánto tengo que meter en la mesa.

-Mis cien, más las cien de Castillejo y lo que quieras subir.

-No, sólo veo. Ahí van mis doscientas pesetas.

-Yo no voy –dije soltando las cartas en el montón del centro.

-Quien quiera ver mis cartas, tiene que meter doscientas pesetas más. Ahí van –dijo Castillejo.

-¡Pero...! –exclamó el inspector.

-Espera, que me toca hablar a mí antes –le corrigió Carlos-. Tus cuarenta mochuelos y otras doscientas pesetas más. Como ésas –dijo dejándolas en el montón.

-¡Vaya pollas! Ya sí que me has echado –dijo Hontanilla tirando las cartas.

-A ver. Cartas bocarriba –pidió Carlos-. Trío de reyes, que ganan al tuyo de Qs.

En otra ocasión fui yo quien subió hasta doscientas pesetas sin haber visto las tres cartas, lo que irritó a los dos policías y sorprendió a Castillejo.

-¡Con que ésas tenemos! –dijo el inspector Ontalba-. Ahí van cien más.

-Que voy –dijo Castillejo sirviéndose un vino y pasando la botella.

-Hasta las cuatrocientas –propuso Carlos sin haberse visto las cartas.

Y fuimos los cuatro. Cuando miré las cartas contaba con una pareja de Qs y un rey. Las otras dos cartas, nada de nada.

-Descarte –pedí-. Y todos pidieron dos cartas. “Tú también pide dos para que



crean que has ligado un trío. ¿Qué crees que hacen ellos”, me decía y me ordenaba.

-Yo también dos.

-Aquí va a arder Troya –dijo Ontalba apurando el vaso de *rioja*.

-Paso –dije como mano que era.

-Y yo –añadió Ontalba.

-Trescientas más –subió Castillejo.

-Hasta quinientas –propuso Carlos-. A ver qué hace el mano, que pasó.

-Hasta quinientas, veo.

-Y yo –cerró Castillejo.

-Cartas bocarriba –pedí-. Carlos, a ver.

-No, yo he subido para ver -replicó Carlos-. Enseñadlas vosotros. Nada, *pubela* y calderilla -dijo observando dos tríos y mi doble pareja de Reyes y Qs.

Recuerdo otra jugada en que participábamos Ontalba, también estaba Hontanilla, ¡caso extraño que coincidieran los dos inspectores en un mismo viaje!, Castillejo, un invitado, Paco Valverde, de Aguilar de la Frontera, que también viajaba por cuestiones de vino-*moriles*, Portela, Carlos y yo. Recuerdo el día y la ocasión porque era mi último viaje, pues con él terminaban mis clases en la Sorbona.

-Descarte –pidió el inspector Ontalba después de haber cerrado la apertura con quinientas pesetas cada jugador. Quedó de mano Carlos.

-Dos –pedimos todos, excepto Carlos que sólo descartó una carta.

-¡Ya estamos!, su supuesto póker contra nuestro trío –pensamos todos.

-Inspector Ontalba, ¿llevas trío de verdad, o los faroles...? –preguntó Carlos -.  
Quinientas más –añade sin haber mirado la última carta.

-Voy –dije yo metiendo las quinientas y apretando mi ful de “jotas-10”.

-Vamos, Castillejo, que yo también voy –invitó Ontalba.

-Y que voy yo también.

-¿Valen otras quinientas pesetas sin haber mirado mi última carta? Ahí van.

Hontanilla renegaba de Carlos, de su estampa y de su osadía, y después de meditar unos instantes tiró las cartas en el montón sin dejar de murmurar. No obstante, con un trago de *rioja* pasó el mal rato.

-Valen –dijimos Castillejo, Ontalba, el invitado en esa ocasión y yo.

-Cartas bocarriba sobre la mesa –pidió Carlos-, que yo pago por ver.

Y ante los tres ful y una escalera de Ontalba, sacó Carlos la suya, su escalera de color.

-Nada. Todo eso, pipas de girasol. Amigos, la carta que faltaba para la escalera, entró. Hay que buscar la suerte para que venga. –decía Carlos recogiendo el dinero.

-A ver, pasad el paquete de puros, para que pague algo el cabrón éste –pidió el inspector Ontalba.

-Toma también un vinito, inspector, -invitó Castillejo-. Y ya sabes, Valverde, el próximo día tienes que presentarte con dos botellas de *moriles*, si quieres jugar.

La locomotora, momentos antes de meterse en el túnel de Somosierra, hizo valer sus pulmones y dio un enorme pitido que se dejó oír en todo el valle del Lozoya. -¡Qué, profesor!, ya tenemos para otras dos muñecas y otros tantos relojes –dijo un policía soltando el humo del puro y llevándose el vaso de *rioja* a la boca.

-Bueno, hoy ha habido suertecilla. Quizá, el próximo día sea yo el pagano – respondió Carlos con una sonrisa irónica, que su bigote intentaba disimular mientras abría otra caja de puros e invitaba a los compañeros de viaje y juego.

-Fumemos, que esto es lo máximo que le vamos a sacar. Porque eso del próximo día, del quién sabe si la próxima vez, lo dice el bandido este todos los días, pero luego nunca le toca perder –dijo el inspector Ontalba.

Mientras, un policía había echado vino en los respectivos vasos, y alzando el suyo pidió al inspector el brindis de despedida:

--Porque el próximo martes nos encontremos todos, juguemos, fumemos los puritos de Carlos y, a ser posible, que pierda, al menos un par de jugadas.

Carlos, Carlitos Ramírez, se bebió el *rioja*, dio una chupada del puro y dejó la bocanada de humo flotando en el compartimento; se atusó el bigote y dijo:

-Procuraré que así *on* sea -respondió Carlos besando la uña del dedo pulgar.